

En este momento Luciano oyó que sus caballos piafaban en el patio, y no tuvo fuerzas para expresar su admiración por aquella delicadeza que él solo podía apreciar; así es que se echó en brazos del hombre á quien había ultrajado, reparó todo lo hecho con una mirada y con la muda efusión de sus sentimientos, y luego bajó las escaleras, dió á su criado la dirección de Ester, y los caballos partieron al galope cual si fuesen animados por la pasión de su amo.

Al día siguiente, un hombre, que podía ser tomado por un gendarme disfrazado, se paseaba por la calle Taitbout, enfrente de una casa, cual si esperase la salida de alguien. Sus pasos eran agitados y nerviosos. En París se ven con frecuencia paseantes apasionados, verdaderos gendarmes que acechan á un guardia nacional, alguaciles que toman sus medidas para algún arresto, acreedores que meditan algún escándalo contra el deudor encerrado á cal y canto, amantes y maridos celosos ó desconfiados, amigos que vigilan por otros amigos; pero rara vez hallaréis una cara iluminada por los salvajes y rudos pensamientos que animaban la de aquel atleta que se paseaba debajo de las ventanas de Ester con la precipitación propia de un oso enjaulado. A las doce se abrió una ventana para dar paso á la mano de una camarera que subía las persianas. Algunos momentos después, Ester se asomó á respirar, apoyada en el brazo de Luciano. El que los hubiese visto los hubiera tomado por el original de una viñeta inglesa. Ester se halló de pronto con los ojos de basilisco del sacerdote español, y la pobrecilla lanzó un grito de espanto, diciéndole á Luciano:

—Ahí está el terrible cura.

—¡Ese! —dijo Luciano— ¡lo mismo es cura él que tú!

—Pues ¿qué es? —le preguntó asustada.

—¡Psé! un viejo Lascar que no cree en Dios ni en el diablo —dijo Luciano descubriendo su secreto que, de ser conocido por otro ser menos fiel que Ester, habría podido acarrear la perdición de Luciano y del español.

Al ir de la ventana de su dormitorio al comedor, donde iban á servir el almuerzo, los dos amantes hallaron á Carlos Herrera.

—¿Qué vienes á hacer aquí? —le preguntó bruscamente Luciano.

—A bendeciros —respondió aquel audaz personaje deteniendo á la pareja y obligándola á permanecer en el salon-

cito. —Escuchadme, amores míos; divertíos, sed felices, que eso está muy bien. La dicha á toda costa, esta es mi doctrina. Pero tú —le dijo á Ester, —tú que has sido sacada del barro por mí y que te has visto limpia de cuerpo y de alma gracias á mis cuidados, supongo que no intentarás cruzarte en el camino de Luciano. En cuanto á ti, hijito —añadió después de una pausa mirando á Luciano, —tu eres bastante poeta para dejarte llevar por una nueva Coralia. Hagamos, pues, prosa vil. ¿Qué puede llegar á ser el amante de Ester?... nada. ¿Puede Ester llegar á ser la señora de Rubempré? no... Pues bien, el mundo, hijita mía —dijo cogiéndole una mano á Ester, que temblaba cual si la hubiese tocado una serpiente, —el mundo debe ignorar que vive usted, y debe ignorar, sobre todo, que Ester ama á Luciano y que Luciano está enamorado de ella... Esta casa será su cárcel, hijita mía. Si quiere usted salir, cual lo exigirá su salud, pásese de noche, á las horas en que no puede ser vista; porque su belleza, su juventud y la distinción que ha adquirido en el convento serían notadas muy pronto en París. El día en que cualquiera sepa que Luciano es su amante de usted ó que usted es su querida —dijo el español con terrible acento acompañado de terrible mirada, —ese día será el último de su vida. A ese mocito se le ha otorgado una Real orden que le permite llevar el nombre y las armas de sus antepasados maternos. Pero, hay más; el título de marqués no le ha sido concedido, y, para lograrlo, tiene que casarse con alguna noble que obtenga del rey este favor. Ese enlace pondrá á Luciano en el mundo de la corte. Este niño, á quien yo he sabido hacer hombre, llegará á ser primero secretario de embajada, y más tarde ministro en alguna corte alemana; y, Dios mediante ó yo (que valgo más), llegará á sentarse algún día en los bancos de los pares de Francia.

—¡O en los bancos!... —dijo Luciano interrumpiendo al falso sacerdote.

—¡Cállate! —exclamó Carlos tapándole la boca con la mano á Luciano. —¡Semejante secreto á una mujer! —le dijo al oído.

—¡Ester mujer! —exclamó el autor de las *Margaritas*.

—¡Sonetos todavía! —exclamó el falso cura. —Todos esos ángeles se hacen tarde ó temprano mujeres, la mujer tiene siempre momentos en que es á la vez mono

y niño, dos seres que nos matan riéndose. Ester, hijita mía—le dijo á la joven,—le he buscado una camarera, que me pertenece cual si fuese hija mía. Tendrá usted por cocinera una mulata, lo cual da mucho tono á una casa. Con Europa y Asia podría usted vivir, gastando mil francos al mes, como una reina... de teatro. Europa ha sido costurera, modista y comparsa, y Asia ha servido á un milord gastrónomo. Estas dos criaturas serán para usted como dos hadas.

Al ver á Luciano convertido en un niño ante aquel ser, culpable por lo menos de sacrilegio y de usurpación de estado civil, aquella mujer, sagrada por su amor, sintió en el fondo de su corazón un terror inmenso. Sin responder, se llevó á Luciano á otro cuarto y le dijo:

—¿Es el diablo?

—Para mí es... algo peor aun. Pero, si me amas, procura imitar la fidelidad de ese hombre y obedécele, so pena de muerte.

—¿De muerte?—dijo Ester con espanto.

—De muerte—repitió Luciano.—¡Ay de mí! ¡lucero! ninguna muerte podría compararse á la que me esperaría á mí, si...

Al oír estas palabras, Ester palideció y sintió que desfallecía.

—¡Vamos!—les gritó el falso sacerdote—¿todavía no habéis acabado de deshojar todas las margaritas?

Ester y Luciano acudieron á este llamamiento, y la pobre joven le dijo al hombre misterioso, sin atreverse á mirarlo:

—Señor, seréis obedecido como se obedece á Dios.

—¡Bien!—le respondió Herrera—podrá usted ser feliz algún tiempo, y... no tendrá que hacerse más que trajes de casa y de noche, lo cual será muy económico.

Los dos amantes se dirigieron entonces al comedor; pero el protector de Luciano los detuvo para decirle á Ester:

—Hija mía, acabo de hablarle de sus criados, y me resta presentárselos.

El español dió dos palmadas, y las dos mujeres que había dicho llamarse Europa y Asia se presentaron dando razón clara de sus nombres.

Asia, que debía ser nacida en la isla de Java, dejaba ver el rostro cobrizo propio de los malayos, llano como una

tabla, y cuya nariz parecía haber sido añadida por presión. La extraña disposición de los huesos maxilares le daba á aquella cara cierta semejanza á los monos de las grandes especies. Aunque deprimida, la frente no carecía de cierta inteligencia producida por la práctica de la astucia. Dos ojillos ardientes conservaban la calma de los del tigre, pero no miraban de frente. Asia parecía que tuviese que espantar á la gente. Sus labios, de color azul pálido, dejaban ver una dentadura blanquísima, pero mal dispuesta. La expresión general de aquella fisonomía animal era la cobardía. Los cabellos, relucientes y grasientos como la tez, orlaban con dos bandas negras su pañuelo muy rico. Las orejas, excesivamente lindas, llevaban por adorno dos perlas gruesas. Pequeñita, regordeta, Asia se parecía á esas creaciones que pintan los chinos en los abanicos, ó, mejor dicho, á esos ídolos indios, cuyo tipo parece que no debe existir, aunque acaba al fin por ser hallado. Al ver á este monstruo provisto de un delantal blanco sobre una falda de lana, Ester se estremeció.

—Asia—dijo el español, obligando á aquella mujer á mirarle de un modo que sólo es comparable al de un perro que mira á su amo,—esta es tu señora.

Y mostróle á Ester con el dedo. Asia miró á aquella joven hada con una expresión casi dolorosa; pero al mismo tiempo brotó de sus ojos una especie de brillo para fijarse en Luciano, que parecía una imagen divina, dado el lujo y elegancia con que iba vestido. El genio italiano podrá ponerle música á Otelo, y el genio inglés ponerlo en escena; pero sólo la naturaleza tiene derecho á ofrecerse en una mirada con más magnificencia y realidad que Inglaterra é Italia han podido inventar para los celos. Aquella mirada, sorprendida por Ester, movió á la malaya á coger por el brazo al español y á imprimirle las uñas cual pudiera hacerlo un gato que se agarra para no caer á un precipicio. Entonces el español le dijo tres ó cuatro palabras en lengua desconocida á aquel monstruo asiático, el cual fué á arrodillarse á los pies de Ester para besárselos.

—No es una cocinera—le dijo el español á Ester,—sino un cocinero que volvería loco á Careme. Asia lo sabe hacer todo en la cocina, y le guisará un plato de judías de un modo que le hará dudar de si los ángeles no habrán descubierto á la tierra para echarle hierbas del cielo. Ella

misma irá todos los días á la compra, y se revolverá, como un demonio que es, para buscarlo todo barato y bueno. Como usted tiene que pasar por haber estado en la India, Asia contribuirá á darle verosimilitud á esta fábula; pero mi opinión es que no pase usted por extranjera... Europa, ¿qué te parece á tí?

Europa formaba un gran contraste con Asia, pues era la doncella más linda que nadie puede llegar á imaginar. Esbelta, con carita de mona, nariz remangada, Europa ofrecía el tipo de la cara ajada por las corrupciones parisienses, la cara de la joven alimentada con patatas crudas, linfática y fibrosa, blanda y tenaz. Con los piecitos adelante y las manos en los bolsillos del delantal, denotaba tal viveza y animación, que parecía estar en movimiento continuo, aunque no se moviese. Modista alegre y figuranta al mismo tiempo, debía de haber ejercido ya muchos oficios, no obstante sus pocos años. Perversa como la que más, podía muy bien haber robado á sus padres y haber frecuentado los bancos de la delegación de policía. Asia producía espanto, pero se daba á conocer en un momento, y dejaba ver que descendía de Locusta en línea recta; mientras que Europa inspiraba una inquietud que iba aumentando á medida que se servía uno de ella: su corrupción parecía no tener límites; como dice el pueblo, ella volvía ya cuando los demás llegaban.

—La señora podría ser de Valencienes—dijo Europa con tono seco;—yo soy de allí.—Señor—le dijo á Luciano—¿quiere decirnos qué nombre le hemos de dar á la señorita?

—La señora van Bogseck—respondió el español cambiándole en seguida el nombre á Ester.—La señora es una judía originaria de Holanda, viuda de un negociante, y enferma del hígado á causa de su permanencia en Java... Tiene poca fortuna, á fin de no llamar la atención.

—Lo necesario para vivir, seis mil francos de renta, para que podamos quejarnos de sus mezquindades—dijo Europa.

—Eso mismo—dijo el español inclinando la cabeza.—¡Malditas farsantes!—exclamó con voz terrible al ver que Asia y Europa se miraban de un modo que le disgustaba—ya sabéis lo que os he dicho: servís á una reina, la cuidáis como á una santa y le sois fieles como á mí. Ni el portero, ni los vecinos, ni los inquilinos, en fin, nadie debe saber lo que aquí pasa. A vosotras os toca burlar la curiosidad, si es

que se despierta. Y la señora—añadió tendiendo hacia Ester su velluda mano,—la señora no debe cometer ninguna imprudencia, siendo vosotras las encargadas de impedirlo si llega el caso, pero... siempre respetuosamente. Europa, usted será la que se encargará de hacer las compras de la señora, con la mayor economía posible. En fin, que nadie, ni aun la gente más humilde, ponga nunca los pies en esta casa. Entre las dos tenéis que arreglaros para hacerlo todo. Hijita mía—le dijo á Ester,—cuando quiera usted salir por la noche en coche, debe de advertírselo á Europa, que ya sabe adónde tiene que ir á buscar á los criados, pues tendrá usted un cochero de mi hechura, como lo son estas dos esclavas.

Ester y Luciano no sabían qué decir; escuchaban al español y miraban á las dos muchachas que recibían órdenes. ¿A qué secreto debía el español la sumisión y la fidelidad que denotaban aquellas caras, la una tan pícarasca y la otra tan cruel? Herrera adivinó los pensamientos de Ester y de Luciano, que parecían alhelados como Pablo y Virginia al ver dos serpientes horribles.

—Podéis contar con ellas como conmigo mismo—les dijo al oído;—no tengáis secretos para ellas, porque esto les halagará. Asia, vete á servir; y tú, querida mía, pon un cubierto en la mesa—le dijo á Europa.—Esto es lo menos que pueden hacer por su papá estos dos pichones.

Cuando las dos mujeres hubieron cerrado la puerta, y el español oyó que Europa iba y venía, le dijo á Luciano y á la joven tendiendo su manaza:

—¡Son mías!

Estas palabras y aquel gesto hacían temblar.

—¿En dónde las has buscado?—le preguntó Luciano.

—¡Oh! ¡pardiez! ya supondrás que no ha sido al pie del trono. Esto sale del barro y teme volver al barro... Amenazadas con el señor cura cuando no os den gusto, y ya veréis cómo tiemblan como ratones delante del gato. Yo soy un domador de animales feroces—añadió sonriendo.

—¡Me hace usted el efecto de un demonio!—exclamó graciosamente Ester abrazándose á Luciano.

—Hija mía, he procurado encaminarla al cielo; pero la mujer arrepentida será siempre un engaño para la Iglesia; y si hubiese alguna que no lo fuese, se convertiría en cortésana en el cielo... Usted ha ganado haciéndose olvidar y

semejándose á una mujer distinguida, porque ha aprendido usted lo que no habría podido saber nunca en la esfera infame en que vivía... Usted no me debe nada—exclamó el español al ver una deliciosa expresión de agradecimiento en la cara de Ester;—lo hice todo por él—añadió señalando á Luciano.—Usted es mujer y seguirá siéndolo, porque, á pesar de las seductoras teorías de los domadores de fieras, no es posible ser en la tierra lo que no se es. El sabio de las protuberancias tiene razón: usted tiene la protuberancia del amor.

Como se ve, el español era fatalista, como lo fueron Napoleón, Mahoma y muchos grandes políticos. ¡Cosa extraña! casi todos los hombres de acción se inclinan á la fatalidad, del mismo modo que se inclinan á la Providencia la mayor parte de los pensadores.

—Yo no sé lo que soy—respondió Ester con angelical dulzura;—pero amo á Luciano y moriré adorándolo.

—Venid á almorzar—dijo bruscamente el español,—y ruegue usted á Dios que Luciano no se case pronto, porque entonces no volverá á verlo.

—Su casamiento sería mi muerte—dijo Ester dejando pasar delante al falso sacerdote, á fin de poder hablarle al oído á Luciano sin ser vista.—¿Es tu voluntad que permanezca bajo el poder de este hombre que me tiene vigilada por esas dos hienas?

Luciano inclinó la cabeza. La pobre joven reprimió su tristeza y simuló estar alegre; pero en el fondo se sentía oprimida. Fué preciso más de un año de cuidados constantes para que se acostumbrase á aquellas dos terribles criaturas, á quienes el abate llamaba *los dos perros guardianes*.

Desde su vuelta á París, la conducta de Luciano llevaba el sello de una política tan profunda, que tenía que excitar y excitó la envidia de sus antiguos amigos, de los cuales no tomó más venganza que la de hacerles rabiar con sus éxitos, con su porte irreprochable y con su manera de mantenerlos á distancia. El autor de las *Margaritas*, aquel poeta tan comunicativo, tan expansivo, se volvió frío y reservado. De Marsay, aquel tipo adoptado como modelo por la juventud parisiense, no empleaba ya en sus palabras y en sus acciones más medida que Luciano. En cuanto á ingenio, el autor y el periodista habían dado muchas pruebas de él. De Marsay cometió la pequeñez de sentir envidia al ver

que mucha gente le daba la preferencia á Luciano. Éste, que gozaba del favor de los que ejercían secretamente el poder, abandonó de tal modo toda idea de gloria literaria, que se mostró insensible al éxito de su novela, reeditada con su verdadero título de *El Arquero de Carlos IX*, y á la fama que alcanzó su serie de sonetos, vendida por Dauriat en una sola semana.

—Es un éxito póstumo—le respondió riendo á la señorita de Touches que le felicitaba.

El terrible español mantenía á su protegida con brazo de hierro en la línea en que esperan los éxitos y los provechos de la victoria á los políticos pacientes. Luciano había tomado la habitación de Baudenord, en el muelle Malaquais, á fin de estar más cerca de la calle Taitbout. El cura se había alojado en tres cuartos de la misma casa, en el cuarto piso. Luciano no tenía ya más que un caballo de silla y otro de coche, un criado y un palafrenero. Cuando no comía en la fonda, comía en casa de Ester. El cura vigilaba de tal modo á los criados en la calle Malaquais, que Luciano no gastaba en total más allá de diez mil francos al año. Diez mil francos le bastaban también á Ester, gracias á la fidelidad constante é inexplicable de Europa y de Asia. Luciano empleaba las mayores precauciones para entrar y salir en la calle Taitbout, adonde iba siempre en coche con las cortinillas echadas, y hacía siempre que entrase el coche en el patio. Su pasión por Ester y la existencia del lindo nido de la calle Taitbout, completamente ignorados para el mundo, no le perjudicaron, pues, en ninguna de sus empresas. Jamás se le escapó ninguna palabra indiscreta acerca de asunto tan delicado. Sus faltas en este género con Coralía, cuando su primera estancia en París, le habían servido de escarmiento. En un principio, su vida ofreció esa regularidad de buen tono bajo la cual se pueden ocultar muchos misterios: permanecía fuera de casa hasta la una de la tarde, y luego iba al bosque de Bolonia y hacía visitas hasta las cinco. Rara vez se le veía á pie y evitaba siempre el encuentro con los antiguos conocidos. Cuando le saludaban algunos periodistas ó alguno de sus antiguos compañeros, respondía con una inclinación de cabeza, bastante cortés para que no pudiesen enfadarse, pero que denotaba un desdén profundo. De este modo pronto se desembarazó de la gente á quien no quería conocer. Un

odio añejo le impedía ir á casa de la señora de Espard, y cuando la hallaba en casa de la duquesa de Maufrigneuse, de la señorita de Touches, de la condesa de Montcornet, ó en otra parte, se mostraba con ella excesivamente cortés. Aquel odio, igual en la señora de Espard, le obligaba á Luciano á obrar con prudencia, pues ya se verá cómo lo había avivado permitiéndose una venganza que le valió un duro sermón del cura español.

—No eres aun bastante poderoso para vengarte de nadie —le había dicho el español.— Cuando se camina abrasado por un sol ardiente, no hay que detenerse á coger una flor hermosa.

Se veía demasiado porvenir y demasiada superioridad verdadera en Luciano para que no desearan hacerle alguna mala partida los jóvenes á quienes daba envidia su vuelta á París y su inexplicable fortuna. Luciano, que sabía que tenía muchos enemigos, no ignoraba que le buscaban el bulto, y el abate ponía admirablemente á su hijo adoptivo en guardia contra las traiciones del mundo y contra las imprudencias fatales para la juventud. Luciano tenía que contarle y le contaba todas las noches al cura los más pequeños accidentes del día, y, gracias á los consejos de este mentor, burlaba la curiosidad más hábil, la del mundo. Guardado por una seriedad inglesa, fortificado por los reductos que levanta la circunspección de los diplomáticos, no le daba á nadie derecho ni ocasión para ocuparse de sus asuntos. Su cara joven y hermosa había acabado por ser, en el mundo, impasible como la cara de una princesa en una ceremonia.

A principios del año 1829 se trató de su casamiento con la hija mayor de la duquesa de Grandlieu, que tenía entonces nada menos que cuatro hijas casaderas. Con motivo de este enlace, nadie ponía en duda que el rey haría á Luciano el favor de nombrarlo marqués. Aquel casamiento iba á decidir la fortuna política de Luciano, el cual sería nombrado, probablemente, ministro de alguna corte alemana. Hacía tres años que la vida de Luciano resultaba irreprochable, tanto que de Marsay había llegado á decir esta frase singular:

—Ese muchacho debe tener detrás alguna gran cabeza que le guía.

De esta suerte Luciano se había convertido casi en un

personaje. Su pasión por Ester le había ayudado mucho á desempeñar su papel de hombre grave. Un secreto de este género libra á los ambiciosos de cometer muchas tonterías, y como no tienen interés por ninguna mujer, no se entregan ni se dejan llevar por las reacciones de lo físico sobre lo moral. En cuanto á la dicha de Luciano, puede decirse que era la realización de los sueños de los poetas sin un céntimo. Ester, el ideal de la cortesana amorosa, aunque recordaba á Luciano Coralía, la actriz con quien había vivido un año, la eclipsaba por completo. Todas las mujeres amantes y abnegadas inventan la reclusión, el incógnito, la vida de perla en el fondo del mar; pero en la mayor parte suele ser este uno de esos encantadores caprichos que dan motivo á una conversación, á una prueba de amor que piensan dar y que no dan; mientras que Ester, que vivía en constante dicha gozando de la primera mirada incendiaria de Luciano, no tuvo en cuatro años ni un instante de curiosidad. Todo su ingenio lo empleaba en permanecer fiel al programa que le había trazado la mano fatal del falso abate. Es más; en medio de las más embriagadoras delicias, no abusó del poder ilimitado que dan á las mujeres amadas los deseos nacientes de un amante, para hacer á Luciano una interrogación acerca de Herrera, el cual le causaba espanto tan grande que no se atrevía ni á pensar en él. Los sabios beneficios de aquel personaje inexplicable, á quien Ester debía su gracia de colegiala, sus maneras de mujer distinguida y su regeneración, le parecían á la pobre joven anticipos del infierno.

—Algún día pagaré yo todo esto —se decía Ester con espanto.

Cuando estaba buena la noche, salía en coche de alquiler, é iba, con una celeridad impuesta sin duda por el cura, á alguno de los encantadores bosques que rodean París, á Bolonia, á Vincennes, á Romainville, ó á Ville-d'Avray, unas veces con Luciano y otras sólo con Europa. Por allí se paseaba sin tener miedo, porque iba acompañada, sino por Luciano, por un cazador vestido como los cazadores más elegantes, armado de un cuchillo, y cuya cara y musculatura anunciaban al atleta terrible. Siguiendo la moda inglesa, este guardián iba provisto también de un bastón de hierro con el cual podía desafiar á varios asaltantes. Conformándose con la orden recibida por el abate, Ester

no le había dicho nunca una palabra á aquel cazador. Cuando la señora quería volver á casa, Europa daba un grito, y el cazador le silbaba al cochero, que se hallaba á poca distancia. Cuando Luciano se paseaba con Ester, Europa y el cazador se quedaban á cien pasos de distancia, como dos pajes infernales de aquellos de que hablan las *Mil y una noches*. Los parisienses, y sobre todo las parisienses, ignoran los encantos de un paseo nocturno por un bosque. El silencio, los efectos de luna, la soledad, ejercen la acción calmante de los baños. Generalmente, Ester salía á las diez, se paseaba de doce á una y volvía á las dos y media. Nunca se levantaba nadie en su casa hasta las once. La joven se bañaba, procedía á ese tocado minucioso, ignorado por la mayor parte de las mujeres de París porque exige demasiado tiempo y sólo lo practican las cortesanas, las entretenidas ó las grandes damas que pueden disfrutar del día entero. No estaba dispuesta hasta que Luciano no se presentaba, y entonces se ofrecía á sus ojos como una flor recién brotada. Ester no se preocupaba más que de la felicidad de su poeta, y era suyo como cosa propia, es decir, que lo dejaba en completa libertad. Jamás dirigía la vista más allá de la esfera en que ella irradiaba, pues el cura se lo había recomendado mucho, porque entraba en los cálculos de aquel profundo político que Luciano hiciese muchas conquistas. La dicha no tiene historia, y los narradores de todos los países lo han comprendido tan bien, que la frase *fueron felices* suele ser el término final de todas las aventuras de amor. No es posible, pues, explicar los medios de aquella dicha fantástica en el corazón de París. Fué la dicha bajo la forma más hermosa: un poema, una sinfonía de cuatro años. Todas las mujeres dirán: «¡Es mucho!», pero ni Ester ni Luciano llegaron á decir «¡Es demasiado!» En fin, la fórmula *fueron felices* resulta aun más explícita que en los cuentos de hadas, porque *no tuvieron hijos*. Luciano podía coquetear y entregarse á sus caprichos de poeta y á las necesidades de su posición. Mientras que recorría lentamente su camino, les hizo favores secretos á algunos políticos cooperando en sus trabajos y obrando siempre con gran discreción. Cultivó además mucho la sociedad de la señora de Serizy, con quien estaba en las mejores relaciones, según el general decir. La señora de Serizy le había quitado á Luciano á la duquesa de Maufrigneuse, la cual no

le tenía apego, frase con que las mujeres se vengán de la dicha envidiada. Luciano estaba, por decirlo así, en el regazo de la gran limosnera, y gozaba de la intimidad de algunas mujeres amigas del arzobispo de París. Modesto y discreto, esperaba con paciencia; así es que la frase de Marsay, que acababa de casarse, y que obligaba á su mujer á hacer la misma vida que Ester, encerraba más de una observación. Pero los peligros submarinos de la posición de Luciano quedarán sobradamente explicados en el transcurso de este relato.

En este estado las cosas, durante una hermosa noche del mes de junio, el barón de Nucingen volvía á París de la tierra de un banquero extranjero establecido en Francia, en cuya casa había comido. Aquella tierra está á ocho leguas de París, en pleno Brié. Ahora bien, como el cochero del barón se había alabado de que llevaría y traería á su amo con los mismos caballos, se tomó la libertad de caminar al paso cuando se hizo de noche. Al entrar en el bosque de Vincennes, he aquí la situación de los animales, de los criados y del amo. Obsequiado con liberalidad por los cocineros del ilustre autócrata del cambio, el cochero, completamente borracho, dormía sin dejar de sostener las riendas; el criado, que iba detrás, roncaba, y el barón quiso pensar; pero, desde el puente de Gournay, la dulce somnolencia de la digestión le había cerrado los ojos. Por la flojedad de las riendas, los caballos comprendieron el estado del cochero, oyeron los ronquidos del lacayo que vigilaba detrás, se vieron dueños de su voluntad y aprovecharon aquel rato de libertad para caminar á su gusto. Como esclavos inteligentes, les ofrecieron á los ladrones ocasión para robar á uno de los capitalistas más ricos de Francia, al más hábil de esos que han recibido el nombre de cancerberos. En fin, al verse libres, y atraídos por esa curiosidad que todo el mundo ha podido notar en los animales domésticos, los caballos se detuvieron en una encrucijada, junto á otros caballos á quienes, sin duda, dijeron en su idioma caballar: «¿De quién sois? ¿Qué hacéis? ¿Sois felices?» Cuando la calesa dejó de rodar, el barón despertó. En un principio creyó no haber salido aún del parque de su colega, y luego fué sorprendido por una visión celestial que le halló sin su arma habitual, sin el cálculo. Hacía una luna tan hermosa que se habría podido leer un periódico. En medio del silencio de los bos-

ques, á aquella hora avanzada, el barón vió á una mujer sola que al mismo tiempo que tomaba un coche de alquiler, contemplaba el extraño espectáculo de aquella calesa parada. Al ver á aquel ángel, el barón de Nucingen se sintió como alumbrado por una luz interior. Al verse admirada, la joven se cubrió con el velo haciendo un gesto de espanto. El cazador lanzó un grito sordo cuya significación fué comprendida por el cochero, pues el coche salió como una flecha. El anciano banquero sintió una emoción terrible: la sangre que ascendía de los pies llevaba fuego á su cabeza, la cabeza enviaba llamas al corazón y la garganta se le cerraba. El desgraciado temió una indigestión, y, no obstante esta, su aprensión capital, se puso de pie para gritar:

—¡Canalla maldito! ¡estás *dogmido!* Cien francos si alcanzas aquel coche.

Al oír las palabras *cien francos*, el cochero despertó y el lacayo de detrás les oyó sin duda en sueños. El barón repitió la orden, el cochero puso los caballos al galope y en la barrera del Trono logró alcanzar á un coche semejante á aquel en que Nucingen había visto á la divina desconocida, pero en el cual se solazaba el primer dependiente de algún rico almacén con una *mujer distinguida* de la calle Vivienne. Aquel chasco consternó al barón.

—Si hubiese traído á *Jogge en lugag de traegte* á ti, él habría sabido *hallag* á esa *mujeg*—le dijo al criado mientras que los consumidores examinaban el coche.

—Señor barón, yo creo que detrás estaba el diablo bajo forma de fiduque y que substituyó este coche por el suyo.

—El diablo no existe—dijo el barón.

El barón de Nucingen confesaba que tenía á la sazón sesenta años y que las mujeres le eran completamente indiferentes, y sobre todo la suya. Se alababa de no haber conocido nunca el amor que mueve á hacer locuras; consideraba una dicha el no tener que pensar en las mujeres, de las cuales decía, sin preámbulos, que la más angelical no valía lo que costaba, aun cuando se entregase gratis. Tenía fama de estar tan hastiado, que ya no compraba siquiera el placer de que se la pegasen. Desde su palco de la Ópera, sus ojos fríos se fijaban tranquilamente en el cuerpo de baile. Ni una mirada había siquiera para aquel capitalista en medio de aquel temible enjambre de viejas jóvenes y de jóvenes viejas, el foco de los placeres parisienses. Amor

natural, amor postizo y amor propio, amor de conveniencia y de vanidad, amor sensual, amor decente y conyugal, amor excéntrico, el barón lo había comprado todo y lo había conocido todo, excepto el verdadero amor.

Este amor acababa de caer sobre él como un águila sobre su presa, como cayó sobre Gentz, el confidente de S. A. el príncipe de Metternich. Sabidas son las tonterías que aquel anciano diplomático hizo por Fanny Elssler, cuyas repeticiones le interesaban más que los mayores intereses europeos. La mujer que acababa de trastornar aquella caja forrada de hierro que se llamaba Nucingen, se le había aparecido como una de esas mujeres únicas en una generación. No es seguro que la amada del Ticiano, que la Monna Lisa de Leonardo de Vinci, que la Fornarina de Rafael fuesen tan hermosas como la sublime Ester, en la cual no habría reconocido el menor vestigio de cortesana ni el ojo del parisiense más experto y observador; así es que el barón quedó sobre todo admirado por aquel aire noble y grande que tenía Ester al verse amada y rodeada de lujo, de elegancia y de amor. El amor feliz es el todo para las mujeres, las cuales se vuelven entonces altivas como emperatrices. El barón fué ocho noches seguidas al bosque de Vincennes, luego al bosque de Bolonia, luego á los de Ville-d'Avray y de Meudón y, por fin, á los alrededores todos de París, sin poder encontrar á Ester. Aquella sublime figura que era, según decía él, «una *figura bíblica*» estaba siempre presente en su imaginación. A los quince días, el barón perdió el apetito. Delfina de Nucingen y su hija Augusta no notaron en un principio el cambio que se operaba en el barón. La madre y la hija no veían al señor de Nucingen más que por la mañana al almorzar y por la tarde al comer, cuando comían todos en casa, lo cual no ocurría más que los días en que Delfina tenía invitados. Pero al cabo de dos meses, consumido por una fiebre de impaciencia y por un estado semejante al que produce la nostalgia, el barón, sorprendido de la impotencia de los millones, se puso delgado y llegó á tener tan mala cara, que Delfina concibió la esperanza secreta de quedar viuda; empezó á compadecer hipócritamente á su marido y obligó á su hija á retirarse para agobiar á fuerza de preguntas al barón el cual respondió como responden los ingleses atacados de *spleen*, ó sea no respondió nada. Delfina de Nucingen daba

una comida todos los domingos, y había escogido este día de recibo porque había notado que en el gran mundo nadie iba al teatro y quedaba el día sin destino determinado. La invasión de las clases trabajadoras hace que el domingo sea tan tonto en París como fastidioso en Londres. La baronesa invitó, pues, al ilustre Desplein á comer, para poder hacerle una consulta, á pesar del enfermo, que decía que se encontraba bien. Keller, Rastiñac, de Marsay, Tillet, todos los amigos de la casa, le habían dicho á la baronesa que un hombre como Nucingen no debía morir de improviso, porque sus muchos negocios exigían precauciones y obligaban á saber á qué atenerse. Estos señores fueron invitados á comer, así como el conde de Gondreville, suegro de Francisco Keller, el caballero de Espard, Lupeaulx, el doctor Bianchón, discípulo de Desplein á quien éste más quería, Baudenord y su mujer, los condes de Montcornet, Blondet, la señorita de Touches y Conti, y, por fin, Luciano de Rubempré, á quien Rastiñac profesaba gran amistad desde cinco años antes, aunque su amistad era forzada.

—No nos desembarazaremos fácilmente de ese—dijo Blondet á Rastiñac cuando vió entrar en el salón á Luciano, más guapo y más elegante que nunca.

—Vale más ser amigo suyo, porque es temible—dijo Rastiñac.

—¿El?—preguntó de Marsay.—Yo sólo juzgo temibles á aquellos cuya posición es clara, y la suya es más bien inatacada que inatacable. Veamos, ¿de qué vive? ¿de dónde proviene su fortuna? Estoy seguro de que tiene al menos sesenta mil francos de deudas.

—Ha hallado á un sacerdote español que es muy rico y le protege decididamente—respondió Rastiñac.

—Se casa con la señorita de Grandlieu la mayor—dijo la señorita de Touches.

—Sí, pero le exigen que compre una tierra que rente treinta mil francos al año para asegurar la fortuna que tiene que reconocerle á su futura, y para eso necesita un millón, lo cual no está al alcance de cualquier español—dijo el caballero de Espard.

—Es muy caro eso, porque Clotilde es muy fea—dijo la baronesa llamando por el nombre á la señorita de Grandlieu, como si ella, que era una Goriot, frecuentase aquella sociedad.

—No—contestó Tillet,—la hija de una duquesa no es nunca fea para nosotros, sobre todo si lleva consigo el título de marqués y un alto cargo diplomático.

—Ya no me admira ver á Luciano tan grave. Tal vez no tenga un céntimo y no sepa cómo salir del apuro—dijo de Marsay.

—Sí, pero la señorita de Grandlieu lo adora—dijo la condesa de Montcornet,—y, ayudado por su prometida, tal vez se mejoren las condiciones.

—¿Qué hará de su hermana y de su cuñado de Angulema?—preguntó el caballero de Espard.

—Su hermana es rica y se llama hoy la señora Sechard de Marsac—respondió Rastiñac.

—Si hay dificultades, no le faltarán proporciones siendo tan guapo como es—dijo Bianchón levantándose para saludar á Luciano.

—Buenos días, amigo querido—dijo Rastiñac dándole un caluroso apretón de manos á Luciano.

Antes de comer, Desplein y Bianchón, que, al mismo tiempo que bromeaban con el barón de Nucingen, lo examinaban, reconocieron que su enfermedad era puramente moral; pero nadie pudo adivinar la causa, tan imposible parecía que aquel profundo político de la Bolsa pudiese estar enamorado. Bianchón, al no hallar nada más que el amor como explicación del estado patológico del banquero, le dijo dos palabras á Delfina de Nucingen, la cual se sonrió como mujer que sabe hace ya mucho tiempo á qué atenerse respecto á su marido. Después de comer, cuando bajaron al jardín, los íntimos de la casa cercaron al banquero y quisieron poner en claro aquel caso extraordinario, al oírle afirmar á Bianchón que Nucingen debía estar enamorado.

—Barón—le dijo de Marsay,—¿sabe usted que ha enflaquecido atrocemente?... y no falta quien sospecha que viola usted las leyes de la naturaleza financiera.

—¡Nunca!—respondió el barón.

—Sí tal—replicó de Marsay.—Hay quien se atreve á decir que está usted enamorado.

—Es ciego—respondió lastimosamente Nucingen.—Sus pigo por algo desconocido.

—¿Está usted enamorado?... ¡vaya! ¡vaya! es usted un fatuo y un presumido—dijo el caballero de Espard.

—Bien sé yo que *estag enamogado* á mi edad es lo más *gidículo* que hay; *pego* ¿qué *quiege* usted? es así.

—¿De una mujer distinguida?—preguntó Luciano.

—El barón sólo puede enflaquecer así por un amor sin esperanza—dijo de Marsay,—porque tiene con qué comprar á todas las mujeres que quieren ó que pueden venderse.

—No la conozco—respondió el barón.—*Ahoga* que la *señoga* Nucingen está en el salón, puedo *declgselo* á ustedes. Hasta *ahoga* no he sabido lo que *ega* el *amog*. ¿El *amog*?... *paga* mí el *amog* es *enflaqueceg*.

—¿Dónde halló usted á esa joven inocente?—preguntó Rastinac.

—En *caguaje*, á las doce de la noche, en el bosque de Vincennes.

—¿Y sus señas?—preguntó de Marsay.

—*Cuegpo* de *gaso* blanco, falda de *coloz* de *gosa*, velo blanco... una *figuga* *vegdadegamente* bíblica. Ojos de *viggen*, *tez ogiental*.

—¿Usted soñaba!—dijo Luciano sonriéndose.

—Es *vegdad*, *dogmia* como un tronco, pues *ega* cuando volvía de *comeg* del campo con mi amigo.

—¿Iba sola?—preguntó Tillet interrumpiendo al cancerbero.

—Sí—dijo el barón con doliente tono,—sólo la acompañaban un jeduco que iba tras el coche y una *camagega*.

—Luciano parece conocerla—exclamó Rastinac al ver la sonrisa del amante de Ester.

—¿Quién no conoce á las mujeres capaces de ir á las doce de la noche al encuentro de Nucingen?—contestó Luciano bromeando.

—En fin, no es una mujer que frecuente el mundo, porque el barón habría reconocido al jeduco—dijo el caballero de Espard.

—No la he visto en ninguna *pagte*—respondió el barón,—y eso que hace *cuagenta* días que la policía la busca por *ogden* mía.

—Es preferible que le cueste unos centenares de miles de francos que la vida, y, á su edad, una pasión sin alimento es peligrosa y puede acarrear la muerte—dijo Desplein.

—Sí lo que como no me alimenta y el *aige* me *pagece mogtal*—le respondió Nucingen á Desplein.—Voy con frecuencia al bosque de Vincennes á *veg* el *lugag* en que la

hallé... ¡Y eso es mi vida!... No he podido *siquiega* *ocupagme* del último préstamo y he tenido que *atenegme* á mis colegas que *tuviegon* lástima de mí. *Daglia* un millón *pog* *conoceg* á esa *mujeg*, con lo cual *ganagla*, *pogque* no puedo *ig* á la Bolsa. Pregúntesele á Tillet.

—Sí—respondió Tillet,—le ha tomado aversión á los negocios y está muy cambiado, lo cual es señal de muerte.

—Señal de *amog*, que es *paga* mí lo mismo—replicó Nucingen.

La sencillez de aquel anciano que no era ya cancerbero y que, por primera vez en su vida, veía algo más santo y más sagrado que el oro, conmovió á aquella sociedad de seres gastados: los unos se sonrieron y los otros miraron á Nucingen para expresar con sus miradas el siguiente pensamiento: ¡llegar á este estado un hombre tan entero!... Después cada cual se volvió al salón á comentar el suceso, porque aquello era un verdadero suceso sensacional. La señora de Nucingen se echó á reír cuando Luciano le reveló el secreto del banquero; pero al oír las burlas de su mujer, el barón la cogió por un brazo, la llevó al alféizar de una ventana y le dijo en voz baja:

—*Señoga*, ¿me he *buglado* yo nunca de sus pasiones, *paga* que se *bugle* usted de las mías? Una buena *mujeg* *ayudagla* á su *magido* á *salig* del *apugo*, sin *buglagse* de él como usted hace.

Por la descripción del anciano banquero, Luciano había reconocido á su Ester, y enojado ya consigo mismo por la sonrisa suya que había sido notada, aprovechó el momento de conversación general que se anima mientras sirven el café, y desapareció.

—¿Qué ha sido del señor de Rubempré?—preguntó la baronesa de Nucingen.

—Es fiel á su divisa: *Quid me continebit?*—respondió Rastinac.

—Lo cual quiere decir: ¿Quién me retiene? ó: Soy indomable, como usted quiera—dijo de Marsay.

—Se ha sonreído de un modo en el momento en que el barón hablaba de la desconocida, que me hace creer que la conoce—dijo Horacio Bianchón con la mayor inocencia.

—¡Bueno!—se dijo para sus adentros el cancerbero.

Como todos los enfermos desesperados, el barón aceptaba todo lo que le parecía ser una esperanza, y se propuso hacer espiar á Luciano por gente diferente de la de Lou-

chard, que era el policía más hábil del comercio de París, y el que tenía encargo de buscar á Ester.

Antes de ir á casa de su amada, Luciano tenía que ir al palacio de Grandlieu á pasar las dos horas que hacían á la señorita Clotilde Federico de Glandlieu la joven más feliz del barrio de Saint-Germain. La prudencia que caracterizaba la conducta de aquel joven ambicioso, le aconsejó que diese cuenta á Carlos Herrera del efecto que había producido su sonrisa al ver que el barón hacía el retrato de Ester. El amor del barón hacia Ester y el hecho de haber empleado en su busca á la policía, eran, por otra parte, acontecimientos bastante dignos de serle transmitidos al hombre que había buscado, debajo de la sotana, el asilo que los criminales hallaban antaño en las iglesias. Y desde la calle de San Lázaro, en donde vivía en aquel tiempo el banquero, á la calle de San Domingo, en donde se hallaba el palacio de Grandlieu, el camino de Luciano lo llevaba á delante de su casa de la calle Malaquais. Luciano halló al cura fumando su breviario, es decir, echando una pipa antes de acostarse. Este hombre, más extraño que extranjero, acabó por renunciar á los puros españoles porque los hallaba demasiado suaves.

—Esto se pone serio—respondió el cura cuando Luciano se lo hubo contado todo.—El barón, que se sirve de Louchard para hallar á la pequeña, no dejará de poner á alguien en tu seguimiento y todo será descubierto. La noche y la mañana apenas me bastarán para preparar las cartas de la partida que voy á jugar contra ese barón, á quien debo mostrar, ante todo, la impotencia de la policía. Cuando nuestro cancerbero haya perdido toda esperanza de hallar lo que busca, yo me encargo de venderle la oveja en lo que vale...

—¡Vender á Ester!—exclamó Luciano, cuyo primer impulso era siempre excelente.

—¿Olvidas acaso nuestra situación?—exclamó el cura.

Luciano bajó la cabeza.

—Ya no hay dinero y tenemos que pagar deudas por valor de sesenta mil francos—repuso el falso sacerdote.—Si quieres casarte con Clotilde de Grandlieu, tienes que comprar una tierra de un millón para asegurar la viudez de esa fea. Ester es una pieza que le costará un millón á ese cancerbero. Esto corre de mi cuenta.

—Ester no querrá nunca...

—Eso es cosa mía.

—Se morirá.

—Eso es cosa de las Pompas fúnebres. Y después de todo ¿qué?—exclamó aquel salvaje poniendo coto á las elegías de Luciano.—¿Cuántos generales murieron en la flor de sus años por el emperador Napoleón?—le preguntó á Luciano al cabo de un momento de silencio.—¡Siempre se encuentran mujeres! En 1821, Coralia no tenía igual para ti y, sin embargo, existía ya Ester. Después de esta muchacha vendrá... ¿sabes quién?... la mujer desconocida, que es la más hermosa de todas las mujeres, y la que buscarás tú en la capital en que el yerno del duque de Grandlieu sea ministro y representante del rey de Francia. Y luego, dime, señor chiquillo, ¿se morirá Ester? ¿puede conservar esas relaciones el marido de una Grandlieu? Pero, en fin, déjame á mí obrar y alégrate de no tener que pensar en todo como yo: esto es cosa mía. Únicamente que tú pasarás una semana ó dos sin Ester, aunque hoy puedes ir aun á la calle Taitbout. Vamos, vete á ver á tu Grandlieu. Hallarás á Ester un poco triste, pero dile que obedezca. Se trata de nuestra librea de virtud, de nuestras casacas de honradez, del parapeto que oculta las grandes infamias. Se trata de mi hermoso yo, de ti que no debes parecer nunca sospechoso. La casualidad nos ha servido mejor que mi pensamiento, que hacía ya dos meses que trabajaba en el vacío.

Al pronunciar estas últimas frases, cual si disparase otros tantos pistoletazos, el falso sacerdote se vestía y se disponía á salir.

—Tu alegría es visible—exclamó Luciano,—tú no has querido nunca á la pobre Ester, y ves llegar con gusto el momento de desembarazarte de ella.

—Tú nunca te has hastiado de amarla, ¿verdad? Pues bien, yo no me he hastiado nunca de execrarla. Pero ¿no he obrado siempre como si amase sinceramente á esa muchacha, siendo así que tenía su vida en mis manos, por medio de Asia? Unas setas venenosas en un guiso, y se habría acabado todo... Sin embargo, la señorita Ester vive aun, ¿verdad?... y es feliz porque tú la amas. No seas chiquillo. Hace cuatro años que esperamos una casualidad favorable ó contraria, y ahora es preciso obrar con talento para aprovechar la oportunidad que nos depara la fortuna: en este golpe, como en

todo, hay cosa buena y mala. ¿Sabes en lo que pensaba en el momento en que entrabas?

—No...

—En hacerme aquí, como en Barcelona, heredero de alguna vieja devota, por medio de Asia...

—¿Un crimen?

—No me quedaba ya más que este recurso para asegurar tu dicha. Los acreedores se mueven. Una vez perseguido por los alguaciles y despedido del palacio de Grandlieu, ¿qué sería de ti? Habría llegado la hora del diablo.

El falso sacerdote describió con un gesto el suicidio de un hombre que se tira al agua, y luego fijó en Luciano una de aquellas miradas duras y dominantes que hacen penetrar la voluntad de las gentes fuertes en el alma de las débiles. Aquella mirada fascinadora, que venció toda resistencia, anunciaba entre Luciano y el falso sacerdote, no sólo secretos de vida y muerte, sino también sentimientos tan superiores á los sentimientos ordinarios como lo era aquel hombre á la baja de su situación.

Obligado á vivir fuera del mundo, cuyas puertas le cerraba la ley, agotado por el vicio y por furiosas y terribles resistencias, pero dotado de una fuerza de alma que le corroía, aquel personaje innoble y grande, obscuro y célebre, devorado por una fiebre de vida, revivía en el elegante cuerpo de Luciano, cuya alma había pasado á ser suya. Él se hacía representar en la vida social por aquel poeta, al que comunicaba su consistencia y su voluntad de hierro. Para él, Luciano era más que un hijo, más que una mujer amada, más que una familia, más que su vida: era su venganza; y del mismo modo que las almas fuertes se aferran más á un sentimiento que á la existencia, él se había unido al poeta con lazos indisolubles. Después de haber comprado la vida de aquel soñador desesperado que se encaminaba al suicidio, le propuso uno de esos pactos infernales que sólo se ven en las novelas, pero cuya terrible posibilidad ha sido demostrada á veces en las causas célebres. Prodigándole á Luciano todos los goces de la vida parisiense, probándole que podía crearse aun un porvenir hermoso, él había logrado su propósito. Por lo demás, cuando se trataba de su segundo yo, aquel hombre extraño, no conocía sacrificios. En medio de su fuerza, era tan débil contra los caprichos de su aliado, que había acabado por confiarle sus secretos.

¿No fué un lazo más entre ellos esta especie de complicidad moral? Desde el día en que la Torpedo fué secuestrada, Luciano sabía la terrible base sobre que descansaba su dicha. Aquella sotana de cura español ocultaba á Jacobo Collín, una de las celebridades del presidio, el cual vivía diez años antes, con el nombre de Vautrín, en la casa Vauquer, donde Rastiñac y Bianchón se hospedaban. Jacobo Collín, apodado *Burla-la-Muerte*, tan pronto como se evadió del presidio de Rochefort, aprovechó el ejemplo dado por el famoso conde de Santa Elena, si bien modificando todo lo que tuvo de vicioso la acción atrevida de Coiffard. Sustituir á un hombre honrado y continuar la vida de bandido es una proposición cuyos términos son demasiado contradictorios para que no acarree un desenlace funesto, sobre todo en París; porque, implantándose en una familia, un condenado centuplica los peligros de la sustitución. Para estar al abrigo de toda indagación ¿no es preciso situarse á mayor altura que los intereses ordinarios de la vida? Un hombre del mundo está sometido á casualidades que difícilmente afectan al que se aísla de aquél; de modo que la sotana es el disfraz más seguro, cuando puede ser completado con una vida ejemplar, solitaria y sin acción. «Seré, pues, sacerdote», se dijo aquel muerto civil que quería revivir á toda costa bajo una forma social y satisfacer pasiones tan extrañas como él. La guerra civil que estalló en España, por la constitución del año 1812, país al que se trasladó este hombre de acción, le dió medios de matar secretamente en una emboscada al verdadero Carlos Herrera. Hijo bastardo de un gran señor y abandonado por su padre, ignorante de la mujer á quien debía la vida, aquel sacerdote estaba encargado de una misión política en Francia, por el rey Fernando VII, á quien se lo había propuesto un obispo. El obispo, único hombre que se interesaba por Carlos Herrera, murió durante el viaje que hacía éste de Cádiz á Madrid y de Madrid á Francia. Satisfecho de haber hallado aquella individualidad tan deseada y en las condiciones apetecidas, Jacobo Collín se hizo heridas en la espalda para borrar las fatales letras y se transformó el rostro por medio de reactivos químicos. Metamorfoseándose así delante del cadáver del sacerdote antes de destruirlo por el fuego, pudo adquirir cierta semejanza con el despojado. Para acabar aquella transmutación, casi tan maravillosa como aquella que se re-

fiere en un cuento árabe en que un dervís adquiere el poder para penetrar, siendo viejo, en un cuerpo joven mediante palabras mágicas, el forzado, que hablaba español, aprendió el latín que conviene saber á todo sacerdote.

Banquero del presidio, Collín era rico porque poseía los depósitos confiados á su conocida y forzada probidad: entre tales asociados, un error se paga á puñaladas. A aquellos fondos unió el dinero que le había dado el obispo á Carlos Herrera. Antes de salir de España, pudo apoderarse del tesoro de una devota de Barcelona, á la cual dió la absolución prometiéndole operar la restitución de las sumas que provenían de un asesinato cometido por ella, y del que procedía su fortuna. Al convertirse en sacerdote, encargado de una misión secreta que había de valerle poderosas recomendaciones en París, Jacobo Collín, resuelto á no hacer nada que comprometiese su carácter de eclesiástico, se entregaba á los azares de su nueva existencia, cuando encontró á Luciano en la carretera de Angulema á París. Este joven le pareció al falso sacerdote que podría ser un maravilloso instrumento de poder, y lo salvó del suicidio diciéndole:

—Entréguese á un hombre de Dios como se entrega uno al diablo, y obtendrá usted todas las ventajas de un nuevo destino. Vivirá usted como en sueños, y el peor sueño será la muerte que quería usted darse.

La alianza de estos dos seres, que debían de formar uno solo, descansó en este razonamiento lleno de fuerza, que el cura cimentó con una complicidad sabiamente trabada. Dotado del genio de la corrupción, el forzado destruyó la honradez de Luciano sumiéndolo en necesidades crueles y sacándolo de ellas mediante consentimientos tácitos de aquellas acciones malas ó infames que le dejaban siempre puro, leal y noble á los ojos del mundo. Luciano era el esplendor social á cuya sombra quería vivir el falso sacerdote.

—Yo soy el autor y tú serás el drama; si no tienes éxito, la silba será para mí—le dijo el día en que le confesó el sacrilegio de su disfraz.

El falso sacerdote fué prudentemente, de confesión en confesión, adaptando la infamia de las confidencias á la extensión de sus progresos y á las necesidades de Luciano, y no le reveló su último secreto hasta el momento en que el hábito de los goces parisienses, los éxitos y la vanidad satisfecha le habían esclavizado el cuerpo y el alma de

aquel poeta tan débil. Donde Rastiñac, tentado por aquel demonio, había resistido, Luciano, mejor manejado, más sabiamente comprometido, y vencido, sobre todo, por la dicha de haber conquistado una posición eminente, sucumbió. El mal, cuya configuración poética recibe el nombre de diablo, empleó con aquel hombre medio afeminado sus más atractivas seducciones, y le exigió al principio poco á cambio de mucho. La gran arma del cura fué aquel eterno secreto prometido por Tartufo á Elmira. Las pruebas reiteradas de una abnegación absoluta, semejante á la del seide por Mahoma, acabaron aquella obra horrible de la conquista de Luciano por Jacobo Collín.

En aquel momento, no sólo habían devorado Ester y Luciano los fondos confiados á la probidad del banquero de los presidios, que se exponía á terribles rendiciones de cuentas, sino que el petimetre, la cortesana y el sacerdote tenían deudas. En el momento en que Luciano iba á vencer, el más pequeño tropiezo por parte de cualquiera de los tres podía contribuir á que se derribase el fantástico edificio de una fortuna tan audazmente construida. En el baile de la Ópera, Rastiñac había reconocido al Vautrín de la Casa Vauquer, pero sabía que moriría si cometía una indiscreción, y Luciano cambiaba con el amante de la señora de Nucingen miradas en que el miedo se escondía en ambos con apariencias de amistad; así es que en el momento del peligro, Rastiñac habría dado gustoso el coche que hubiese de conducir al patíbulo á Burla-la-Muerte. Ahora todo el mundo debe comprender la alegría que sentiría el falso cura al conocer el amor del barón de Nucingen y al calcular todo el partido que podía sacar de Ester un hombre de su temple.

—¡Anda!—le dijo á Luciano—el diablo protege á su limosnero.

—Estás fumando encima de un polvorín.

—¡Incedo per ignes!—respondió el falso eclesiástico riéndose—¡es mi oficio!

La casa de Grandlieu se dividió en dos ramas á mediados del siglo: la primera la formó la casa ducal condenada á extinguirse, por no tener más que hijas el último duque actual; y la otra, los vizcondes de Grandlieu que tienen que heredar títulos y armas de la rama primogénita. La rama ducal lleva gules, con tres dolobres ó hachas de oro puestas en